



FIESTAS DE CARTAGINESES Y ROMANOS

PREGÓN DE DON FERNANDO LÓPEZ MIRAS

PRESIDENTE DE LA COMUNIDAD AUTÓNOMA
DE LA REGIÓN DE MURCIA

Cartagena, 15 de septiembre de 2017



¡Cartagena! ¡Tú eres La Ciudad!

Eres la nueva Cartago; la admiración y la envidia de Roma. Donde se asienta el trono de la Historia.

Ciudad tres veces milenaria, admirable y admirada. La reina del Mediterráneo, la novia del mar.

¡Hombres y mujeres de Qart-Hadash! ¡Tropas de Carthago! ¡Pueblos íberos!

¡Legiones romanas! ¡Civiles, militares y navales!

¡Cartageneros y cartageneras!

El fuego sagrado luce ya en las colinas de la más antigua de las ciudades de Hispania. Vestales, sacerdotes y sacerdotisas lo han bendecido con sus plegarias y lo han llevado “desde el puerto, a los mares de la Historia”.

Ha llegado para quedarse, para iluminar las calles que un día poblaron vuestros antepasados. Sus llamas se reflejan hoy allá donde Teodora llevaba a los Cuatro Santos, cuando eran apenas unos icues, a que se tomaran un cambi. Alumbran las plazas en que Isaac Peral jugaba a la trompa o a las canicas mientras aprendía las leyes de la Física. Donde Carmen Conde conoció a Antonio Oliver junto a los muros de Antigones; o donde Arturo Pérez-Reverte jugaría a la una la mula o al churro, mediamanga, mangotero.

La trimilenaria ciudad de Cartagena es hoy ya una fiesta; y, por primera vez, lo hace con el merecido reconocimiento de ser de Interés Turístico Internacional.

¡Enhorabuena, carthagineses! ¡Enhorabuena, romanos! ¡Enhorabuena a todos los cartageneros!

Vamos a vivir con pasión unas fiestas intensas. Sin duda alguna, las mejores de la historia.

Vestís ya esta noche vuestros resplandecientes uniformes. Y os preparáis para la guerra.

Se avecinan batallas. No hace falta consultar al oráculo, ni abrir las tripas de un ganso para saberlo.



Serán batallas importantes, pero ya se ha ganado la primera. Lo habéis hecho juntas tropas y legiones en la batalla de la vida, en un gesto que os honra. ¡Y con el General Juancho al frente, os aseguro que ganaremos también la guerra!

Que los dioses de Cartago y Roma nos protejan. Que Baal y Júpiter se den una vuelta por esta ciudad situada entre cinco colinas. En las que aún se conservan los restos de los templos que tuvieron dedicados.

Que disfruten del campamento, de ese campamento al que iremos en unos minutos. Que prueben los caldos de Cartago y de Roma, que siguen vivos en los vinos del Campo de Cartagena. Dicen que sólo fueron igualados por la cerveza Azor, esa que se hacía allá por la Torre Ciega, donde los romanos construyeron un monumento funerario a Tito Didio.

Aquí, aquí en Cartagena, es donde la historia echa raíces. Donde podemos proclamar a los vecinos del Norte, como hiciera un día un emperador francés al llegar a Egipto, que miles de años os contemplan. Y que nadie, nadie en kilómetros a la redonda, alcanza siquiera a igualar la antigüedad y la historia de Mastia, de Qart-Hadash, de Cartagonova ¡de la gran ciudad de Cartagena!

Pero tranquilos, hombres y mujeres de Aníbal y seguidores de Escipión. Aún no es llegado el momento de abrir las ánforas, sino el de alzar al cielo falcatas y espadas; preparar las jabalinas, arcos y hondas; empuñar lanzas y escudos, y ajustaos cascos y corazas...

Asdrúbal fundará Qart-Hadash. Aníbal se casará con Himilce. Y levantaréis una muralla y una ciudad que habrá de resistir los ataques. Una ciudad de la que saldrán centenares, miles de hombres, hacia los Alpes, camino de Roma. Y sí, llevarán también elefantes y serán la admiración del mundo entero.

Tras ellos llegarán las águilas romanas. Por tierra y por mar. Por tierra, desde el Este.

Llegarán también por mar. Por esa bocana del puerto entre los montes que un día serán llamados de Galeras y de San Julián. O por el Estero, al interior, porque antes de existir La Manga, Mastia ya era una ciudad entre dos mares.

Sabían —y así se lo dijo Escipión a sus soldados— que debían atacar las murallas de aquella ciudad. Si conseguían capturar esa ciudad, tan sólo esa ciudad, asegurarían la totalidad de Hispania.



Era la ciudad más rica y más hermosa. La que poseía el mejor puerto. Lo dijo Escipión hace 2.226 años y lo digo yo, hoy, con la misma rotundidad: Cartagena es un tesoro, una ciudad con un enorme potencial con la que estamos comprometidos para que siga siendo, cada día, mejor.

Ya lo dijo el cuestor de guerra Cayo Flaminio, cuando al hacer el balance de todo lo capturado por los romanos afirmó; “El botín más importante de todos, es la propia ciudad de Qart-Hadash”.

Los romanos trajeron consigo dos coronas murales. Y un idioma, el latín; y un teatro, y un anfiteatro y un barrio en el Molinete; Y un foro, y la mojama... que ya estaba bien de comer almendras sin salazones, como hacían los cartagineses.

Vienen diez días de fiestas. De actos, de desfiles, de música. De recreación de una batalla que no por saber su final deja de ser importante.

Asdrúbal dio nombre a la ciudad nueva. Y convirtió la pacífica Mastia en una de las más grandes ciudades del Mediterráneo. Los cartagineses invitaron al mundo a admirar la gloria de esta ciudad. De sus campos y sus gentes, de su mar, de esta extraordinaria bahía que hoy surcan cruceros donde antes entraron trirremes y galeras.

Fueron grandes. Pero habrán de ser vencidos para que Roma se imponga en Hispania. Para que aquí nazcan emperadores como Trajano, Adriano y Teodosio. O para que un sabio romano nacido en esta tierra, Séneca, pudiera escribir que “la alegría verdadera no ha de cesar”. Sin duda lo hizo pensando en la alegría de estas fiestas, la que generáis los festeros con vuestro trabajo. Las 25 tropas y las 25 legiones que hacéis de estos diez días de septiembre la gran fiesta del Mediterráneo y del mundo entero.

Debemos mirar siempre a Cartagena. Y aprender de aquellos sabios romanos que nos dijeron que sólo gobernarás a muchos si la razón te gobierna a ti.

Gobernar a muchos... Como cuando Diocleciano organizó Hispania, y desde Cartagena se dominaban tierras que hoy son de Andalucía, de Valencia, de Madrid, de las dos Castillas y hasta un poco de La Rioja y Cantabria. ¡Ocho comunidades autónomas para gobernar desde aquí, desde este Palacio!

Y todo ello desde esta ciudad en la que pasé algunos de los años más importantes de mi vida. Donde aprendí, donde me formé, donde me hice hombre. Aquí, en Cartagena.



Aquí llegué en el año I de las fiestas.

A la calle Trafalgar, desde donde veía salir de sus casas a vecinos que durante el curso vestían formales y que estos días lo hacían cubiertos con togas, túnicas y corazas. Luciendo barbas unos días al año. O que en lugar de consultar peinados en las revistas de moda lo hacían en los grabados del Museo Arqueológico.

Aquí, mientras aprendía en los Franciscanos donde el Padre Turpín nos enseñaba a tocar la flauta (quedándose, a buen seguro, con las ganas de que tocásemos el himno del Efesé), aquí, como digo, conocí de primera mano estas fiestas con los ojos de un niño; sorprendido de ver a gentes que parecían salir de una máquina del tiempo; que venían de siglos que, aun siendo lejanos, teníamos por propios.

Personas que hicieron grandes estas fiestas desde sus inicios. Que lograron que Cartagena mirase hacia atrás con orgullo, y que quisiese poner en valor lo que antes llamaban despectivamente piedras y luego, con admiración, vestigios de un tiempo de gloria.

Gracias a todos los que nos han traído hasta aquí. Hasta el año XXVIII. A todos los Escipiones y Emilias Paulas. A los Aníbales y las Himilces. A todos los que trabajaron e inspiraron estas fiestas. Que seamos internacionales también se lo debemos a todos ellos. ¡Gracias!

Hoy recuerdo aquellos tiempos en los que se iniciaba la excavación del teatro romano, que ya es el museo más visitado de la Región. Cuando el Molinete comenzaba a ser desmontado para comprobar que en sus entrañas se conservaban las huellas de un foro, de un barrio entero plagado de maravillas.

Pero ahora no es momento de hablar de historia. Que para eso una imagen vale más que mil palabras y aquí la Historia sois vosotros.

Es momento de dar comienzo a la fiesta, a la diversión, a que vuestros sueños brillen en cada acto y en cada desfile. A que la luna se refleje en el acero de vuestras corazas, espadas y falcatas.



¡Cartagineses!

¡Preparaos para el combate! Mantened el orgullo de saber que podrán vencer, pero nadie vió antes que vosotros el potencial de esta tierra y lo bueno de sus gentes. Escipión podrá ganar una batalla, ¡pero no se casará con una mujer nacida aquí, en Iberia!

Vosotros cruzasteis los mares para fundar la ciudad nueva ¡Gracias, cartagineses!

¡Romanos!

¡Sabéis del potencial de esta ciudad! Sus minas y sus recursos. Que cuenta con una bahía llamada a ser una de las grandes bases navales del mundo. La queréis y habréis de conquistarla. Y si venís, que sea para dejar un legado de siglos, de arquitectura, de progreso y bienestar para sus gentes.

Batallad entre vosotros pero antes disfrutad juntos de los días que se avecinan. Vivid con intensidad cada acto. Deteneos en el campamento de cada tropa y legión. Compartir alegría y rescatad a quienes sean raptados cada noche. Recibid con música a todos cuantos vengan a vivir con nosotros las fiestas más importantes de la historia. Bebed con moderación y asombrad a Cartagena con la magnificencia de vuestros desfiles.

Gracias, gracias por haberme permitido sentirme de nuevo un cartagenero más. Por pregonar las primeras fiestas reconocidas como algo que siempre fueron: internacionales.

¡Cartagineses y Romanos! Es el momento de detener el mundo. De volver atrás. De olvidar penas y pesares. Es tiempo de camaradería y jolgorio. De fiesta, de fiesta y de fiesta.

Disfrutadla. Vividla. Poned en ella toda la pasión. Ya vendrán luego tiempos de pensar. Ahora toca divertirse.

Cartageneros, Cartagineses, Romanos y visitantes. La fiesta es vuestra. Es la mejor y la vamos a disfrutar juntos.

¡Vivan los Cartagineses y Romanos!

¡Viva Cartagena!